



Semana Nacional de la Biblia 2015

LA BIBLIA: UN LIBRO PARA LA FAMILIA

La Palabra de Dios, fundamento de la misión de la Iglesia

POR PETER S. WILLAMSON, PHD

Hace algunos años estaba pescando en una playa remota en la costa de la península de Berra, en Irlanda, cuando divisé un lugar que pensé que sería perfecto para echar el anzuelo. Estaba a unas doscientas yardas hacia abajo y a la derecha, al pie de una pendiente muy inclinada. Un camino algo desdibujado parecía guiar hacia arriba y luego hacia abajo al lugar donde quería ir a pescar. Mientras avanzaba cuesta arriba, la colina se hizo más inclinada y me empecé a dar cuenta de que la gravilla sobre la superficie escarpada hacia el camino peligroso. Cuando llegué a un punto situado a unos 80 o 90 pies por encima de donde quería pescar me percaté de que el camino había desaparecido poco a poco. Al tratar de volver sobre mis pasos, descubrí que la gravilla era demasiado resbaladiza para regresar por el mismo camino.

Me senté, pues la inclinada pendiente causaba que la gravilla se deslizara hacia abajo. No podía seguir hacia delante ni ir hacia atrás. Empecé a asustarme. Era evidente que deslizarme desde esa altura hasta las rocas que estaban debajo resultaría en serias lesiones. Nadie sabía dónde estaba ni había quien pudiera verme u oírme. Le pedí a Dios que me ayudara. De repente, me vino a la mente una idea: “escala, ve hacia arriba”. Ir hacia arriba sólo parecía incrementar el riesgo, pero a falta de una alternativa mejor comencé a escalar. Pronto descubrí que el apoyo de los pies yendo hacia arriba era mejor que de bajada, aunque no tenía ni idea de cómo bajaría después, desde la cima de la escarpada colina. Después resultó que, en el lado opuesto, la cima se abría en una pradera inclinada por la que pude descender de forma fácil y segura.

El apuro de aquel día nos ofrece una especie de analogía sobre la condición humana. A veces nos encontramos en dificultades y no podemos hallar la salida. Necesitamos ayuda de alguien que esté más allá de nosotros, una revelación desde arriba, que nos pueda guiar a un lugar seguro. La Palabra de Dios es así. Los seres humanos somos acechados por peligros mucho mayores que aquél en que yo me encontré ese día. Nos acosan consecuencias del pecado y de la caída de las que somos incapaces de escapar; la maldad en el mundo que amenaza, a veces, con desbordarnos; y, finalmente, la misma muerte. ¿Cómo podemos liberarnos? ¿Cómo podemos ayudar a otros?

• La Palabra de Dios nos explica la causa original de todo
 • aquello que nos amenaza, y la buena nueva de que Dios nos
 • ha proporcionado un medio de rescate a través de la vida,
 • muerte y resurrección de su Hijo, Jesucristo. Esto es lo que
 • tenemos que ofrecer al mundo, aquello que más necesita,
 • una palabra de parte de Dios. Ésta es la misión que se le
 • ha encomendado a la Iglesia: contarle a la gente la buena
 • nueva de la salvación.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de “la Palabra de Dios”?

• La frase “la Palabra de Dios” tiene una variedad de significados en la Sagrada Escritura y merece la pena examinarlos más detenidamente. Al comienzo de la Biblia leemos que Dios creó el cielo y la tierra simplemente hablando. “Dijo Dios: ‘Que exista la luz’. Y la luz existió” (Gn 1:3). Así que la primera cosa que debemos señalar es que cuando Dios habla, su Palabra lleva consigo algo más que información; está dotada de poder divino. “La palabra del Señor hizo el cielo, el aliento de su boca todas sus estrellas” (Sal 33:6). En el Éxodo leemos como Dios rescató a Israel de la esclavitud en Egipto; el libro de la Sabiduría explica que fue la Palabra todopoderosa de Dios la que realizó esto (ver Sab 18:15). Y entonces, Dios entrega a Israel los Diez Mandamientos y su santa ley, de los cuales aprendemos que la Palabra de Dios es instrucción (en Hebreo, *torah*) sobre cómo vivir. Los salmos repiten esta idea: “Tu palabra, Señor, es antorcha para mis pasos” (Sal 119:105). El Eclesiástico (ver 33:1) y otros escritos explican que la Palabra de Dios es sabiduría.

• Los profetas, que llamaron a Israel a arrepentirse y a practicar la justicia, y que hicieron promesas de las bendiciones futuras de Dios, tuvieron una experiencia íntima y personal de la Palabra de Dios. Ezequiel dice que es “dulce como la miel” (Ez 3:3). Pero cuando la Palabra vino a Jeremías era “como un fuego ardiente encerrado en mis huesos” (Jr 20:9) hasta que la pronunciaba; su efecto era “como martillo que tritura la roca” (Jr 23:29). Isaías confirma que la Palabra de Dios es eficaz. Hablando en nombre de Dios dice: “Así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad, y cumplirá su misión” (55:11). La Palabra de Dios revela el favor de Dios y condena el pecado. Es un privilegio para Israel el escuchar y proclamar la palabra de

Dios, y Moisés espera el día en que todo el pueblo de Dios pueda profetizar (ver Nm 9:11), esperanza que finalmente se cumplió en Pentecostés (ver Hch 2:17-18). Mientras tanto, el profeta Amós advierte de hambre en el territorio, no de comida o bebida, “sino de oír la palabra del Señor” (Am 8:11).

En el Nuevo Testamento el significado de “la Palabra de Dios” como profecía continúa. Después de un largo periodo de silencio, “vino la palabra de Dios en el desierto sobre Juan” (Lc 3:2), y él comienza a predicar, llamándolos al arrepentimiento y habla sobre el que había de llegar después de él. Tras ser bautizado por Juan, Jesús comienza a predicar el evangelio del reino: “El reino de Dios está llegando” (Mc 1:15). Él describe la Palabra de Dios como una semilla que cae en diferentes clases de terreno (ver Mt 4:14-20). Como una semilla, ésta tiene vida en sí misma que germinará y dará fruto si las condiciones son adecuadas. La Palabra está viva, es algo vital. Aquellos que escucharon a Jesús experimentaron algo fuera de lo común cuando éste enseñaba; hablaba con autoridad, a diferencia de otros maestros religiosos (ver Mc 1:22). Los discípulos de Emaús lo describen de esta manera: “¡Con razón nuestro corazón ardía, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras!” (Lc 24:32).

Pero el significado más profundo, con mucho, de “la Palabra de Dios” en la Biblia es el uso de este término al principio del Evangelio de Juan, para referirse a la segunda persona de la Trinidad, quien se encarnó en Jesucristo. “En el principio ya existía aquel que es la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios” (Jn 1:1). Jesús es la expresión perfecta del amor del Padre. Él refleja el pensamiento del Padre. Aquél que ha visto a Jesús ha visto al Padre (ver Jn 14:9). Él es la plenitud de la revelación. Todos los significados previos de “la Palabra de Dios” se cumplen en Él: es el Creador, es el Redentor, es instrucción, es sabiduría, es promesa y esperanza, es advertencia y juicio, es la buena nueva, y Él cumple la voluntad del Padre de manera eficaz. No hay nadie más cercano al Padre que Él. Ese Espíritu que comparte con el Padre, es el mismo Espíritu que “se movía sobre la superficie de las aguas” en la creación (Gn 1:2), el que inspiró a los profetas y llenó a los primeros cristianos en Pentecostés.

En el resto del Nuevo Testamento, “la Palabra de Dios” se refiere principalmente al evangelio, la buena nueva acerca de Jesucristo. El evangelio ofrece una segunda oportunidad para que la raza humana alcance su propósito original de eterna amistad con Dios y con los demás. Es una preciada oportunidad para recibir el perdón de los pecados, para ser rescatados del poder de Satanás, para recibir el Espíritu Santo y ser introducidos en una nueva comunidad, la Iglesia. Cristo encomienda esta Palabra a los apóstoles y a la Iglesia

entera. El nos envía: “Vayan, pues, y enseñen a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas a cumplir todo cuanto yo les he mandado; y sepan que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt 28:19-20).

Las Escrituras como Palabra de Dios

El último sentido en el que la Biblia habla de la Palabra de Dios es en referencia a la misma Escritura. Jesús llama a las Escrituras la Palabra de Dios y dice que éstas no se pueden dejar de lado (ver Jn 10:35). El pueblo de Israel, Jesús, los apóstoles y la Iglesia primitiva, todos consideraron de inspiración divina los escritos bíblicos del Antiguo Testamento. El texto clásico que afirma esto es 2 Timoteo 3:16-17: “Toda la Sagrada Escritura está inspirada por Dios y es útil para enseñar, para reprender, para corregir y para educar en la virtud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté enteramente preparado para toda obra buena”. La Escritura es *inspirada* y *útil*. El padre Raniero Cantalamessa explica que el vocablo griego que se traduce como “inspi-rado”, *theopneustos*, posee un significado tanto activo como pasivo: “De una vez para siempre, el Espíritu Santo inspiró la Escritura y ahora, cada vez que abrimos el libro, la Escritura respira el Espíritu Santo! . . . El Espíritu Santo, se podría decir, está contenido en ella, habita en ella y le da vida incesantemente con su propio aliento divino. . .” (*The Mystery of God’s Word* [Collegeville, MN: Liturgical Press, 1991], 80; versión del traductor). Sin embargo, el énfasis primario en estos versos de la Segunda Carta de Timoteo se coloca sobre la utilidad de la Escritura para toda clase de ministerio. El texto llega a sugerir, implícitamente, que si una persona está bien familiarizada con la Sagrada Escritura, esa persona está capacitada para cualquier obra buena!

La Escritura es la Palabra de Dios de una manera muy especial. No sólo transmite fielmente lo que Dios ha dicho en el pasado o relata los actos portentosos de Dios para salvar a su pueblo e imparte sabiduría inspirada sobre cómo vivir. La Escritura también es el medio que Dios utiliza para hablar a la gente en el presente y para atraernos a la comunión con Él: “En los libros sagrados el Padre que está en el Cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2a ed. [Washington, DC: Libreria Editrice Vaticana– Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, 2001], núm. 104).

A lo largo de la historia de la Iglesia, Dios ha usado la Biblia para atraer a las personas. San Agustín, san Antonio y san Francisco, todos llegaron a la conversión tras ser influidos por palabras de la Escritura. La historia de alguien que conozco nos muestra que Dios todavía actúa de este modo. Una amiga agnóstica, que estaba trabajando en su

doctorado en literatura comparada, estaba desilusionada por la incapacidad de la política para resolver los problemas del mundo e insatisfecha con sus propios argumentos para ser una persona moral. Decidió encerrarse en su apartamento y leer libros de filosofía y literatura hasta que pudiera encontrar la verdad. Después de unos días de lectura, tomó una Biblia y la abrió al azar en un texto de Mateo, que hablaba de mirar sin ver y escuchar sin entender (13:14-15). De repente, vio y entendió lo que el Evangelio dice sobre Dios, sobre Cristo, sobre el pecado y Satanás, y acerca de la conversión. Ella creyó lo que leyó, empezó a leer la Escritura de principio a fin y, gradualmente, vio cambiar toda su vida.

Otra amiga se crió en Kazajstán en una familia musulmana tradicional. Un profesor de inglés en la escuela superior le dio un Nuevo Testamento en inglés para que lo leyera. Intrigada por lo que leyó ahí sobre Jesús, fue a hablar con un sacerdote misionero a la única Iglesia católica en su ciudad. Entre leer el Nuevo Testamento y perseguir al sacerdote con preguntas, Gulnara terminó siendo bautizada y admitida en la Iglesia.

Tom, un señor de cuarenta y tantos años, es presidente de una pequeña compañía de software. Asiste regularmente a Misa pero quiere saber más sobre su fe y toma unos cursos en el seminario donde enseño. En el tercer curso de Sagrada Escritura, mientras la clase dialogaba acerca de las palabras de Jesús en Juan 3:3 acerca de que “quien no renace de lo alto, no puede ver el Reino de Dios”, él exclamó de repente: “¡Ahora lo entiendo! ¡Lo he visto suceder! —estos meses de estudio de la Escritura me han cambiado. Soy una persona diferente con deseos diferentes y un entendimiento diferente de la realidad. Eso es lo que significa haber ‘nacido del Espíritu’ (Jn 3:8)”.

Dios no solamente se le reveló a mi amiga a través de la Escritura, sino que la cambió de forma radical y ella continuó leyendo la Biblia con avidez.

La misión de la Iglesia

La misión que Cristo ha encomendado a la Iglesia concuerda con la principal necesidad de la humanidad. El evangelio es la buena nueva sobre Jesús, Dios que se ha hecho ser humano, que nos ha amado tanto que se entregó por nosotros para que nuestros pecados pudieran ser perdonados y así pudiéramos ser transformados desde adentro. El mundo necesita personas transformadas. El problema del hambre en el mundo no consiste en que haya demasiadas personas o no haya suficiente comida. Le tierra produce más que suficiente para alimentarnos a todos. Lo que necesitamos es más gente transformada que, como Jesús, se dedique a las necesidades

de los demás, ya sean físicas, emocionales o espirituales. Sólo el Espíritu de Dios, actuando a través de la Palabra de Dios presente en el corazón humano, puede producir personas así.

Es cierto que los seres humanos han hecho uso de los dones que Dios nos ha dado para buscar soluciones a numerosos problemas que nos acechan, ya sea en el campo de la medicina, la educación, la economía o las ciencias sociales. Todo esto es bueno y se debe usar al servicio de los demás. A veces, sin embargo, los cristianos nos dejamos deslumbrar por estos medios y tenemos la tentación de abandonar ese recurso singular que Dios nos ha encomendado, su Palabra, y de ofrecerle al mundo más de lo mismo.

La misión de la Iglesia hoy es proclamar a Cristo, crucificado y resucitado, la Palabra de Dios hecha hombre, tal como lo hicieron los apóstoles. Cada cristiano está llamado a participar en la propagación de la buena nueva para el bien de las personas a nuestro alrededor, que a menudo se hallan atrapadas en situaciones de las que no pueden escapar por sí mismas.

Sólo podemos dar a otros lo que nosotros mismos poseemos. Si queremos participar en la misión de la Iglesia de proclamar la buena nueva debemos sumergirnos en la Palabra de Dios. Debemos leer en oración las Escrituras diariamente—bien sea siguiendo el calendario litúrgico o con un plan de lectura más amplio—y debemos estudiar la Biblia para entenderla realmente. Debemos superar el temor exagerado de cometer errores de interpretación. Nuestro mayor peligro hoy no es una interpretación errónea sino ípoca familiaridad con la Palabra de Dios! Existen numerosos recursos bíblicos católicos que son sólidos y que pueden guiar nuestro estudio y oración. La tradición de la Iglesia proporciona a los católicos una protección adicional. Si leemos la Biblia con la Iglesia, y la interpretamos en armonía con el *Catecismo* y con otras expresiones de la enseñanza de la Iglesia, no nos desviaremos, incluso si no entendemos perfectamente todos los textos.

Al alimentarnos con la lectura, la oración y el estudio de la Biblia, seremos transformados por Cristo y Él nos llenará de fuerza. Como ha dicho el Papa Benedicto, “La Iglesia conoce bien que Cristo vive en las Sagradas Escrituras” (Discurso, 16 de septiembre de 2005). Seremos sus testigos si la palabra de Cristo habita en nosotros (Col 3:16) y si compartimos lo que hemos aprendido. La Palabra de Dios es el fundamento de la misión de la Iglesia porque conlleva un poder divino y es la única cosa capaz de satisfacer las necesidades humanas más profundas. Cristo ha confiado su Palabra a la Iglesia y nos ha dado el mandato de proclamarla (Mt 28:20). Esa proclamación se centra en la Palabra que “se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Jn 1:14).